
TEXTOS DEL MAESTRO ECKHART

I

Nuestro Señor dice en el Evangelio: «Un hombre noble marchó a una tierra lejana para conquistarse un reino y volvió» (Lucas 19, 12).

[...]

Y es esto precisamente lo que Nuestro Señor entiende cuando dice que un hombre noble se fue. En efecto, es preciso que el hombre salga de todas las imágenes y de sí mismo, que se vuelva completamente extraño y desigual a todas las cosas, si verdaderamente quiere convertirse en el Hijo de Dios y recibir la filiación en el seno y el corazón del padre. Pues toda mediación es extraña a Dios.

Dios dice: “Yo soy el Primero y el Último”. No existe ninguna diferencia ni en la naturaleza de Dios ni en las personas divinas, consideradas en la unidad de su naturaleza. La naturaleza divina es Unidad y cada persona es igualmente Unidad; esta misma Unidad que es su naturaleza. La distinción entre esencia y existencia es reabsorbida aquí en la Unidad: son unidad e identidad. Sólo cuando la Unidad cesa de reposar en ella misma es cuando posee una distinción y cuando opera por esta distinción. De la misma forma, en la Unidad se encuentra a Dios y aquél que debe encontrar a Dios debe convertirse en unidad. Nuestro Señor dice: “Un hombre se fue”. En lo que implica distinción, no se encuentra ni Unidad, ni Ser, ni Dios, ni descanso, ni felicidad, ni satisfacción. ¡Se es unidad, a fin de poder encontrar a Dios! En verdad, si fueras completamente unidad, permanecerías siendo uno en la distinción; las distinciones se volverían unidad para ti y cesarían de ser un obstáculo. La Unidad continúa siendo unidad, tanto en millares y millares de piedras *como en

cuatro piedras y mil veces mil es verdaderamente un número tan simple como cuatro.

Un maestro pagano dice que la unidad ha nacido del Dios supremo. Su propiedad es ser unidad en la unidad. El que busca esta unidad por debajo de Dios, ése se embauca a sí mismo. [...] Y de la misma manera sólo cuando el hombre está unido al Uno, puede ser Dios.

[...]

Ahora bien, algunos han creído poder figurarse –lo que parece por demás completamente cierto– que la *flo y el uso de la bienaventuranza reside en el conocimiento, allí donde el hombre tiene conciencia de conocer a Dios. Por mucho que poseyera, dicen, todas las felicidades del mundo, pero sin tomar consciencia de ellas, ¿de qué me serviría esto, en qué medida podría aportarme esto felicidad? No puedo adherirme a esta forma de ver. Aunque fuera cierto que el alma no puede ser feliz si no tiene conciencia de su felicidad, sin embargo, no es ésta en absoluto la condición de su felicidad; pues el primer fundamento de la bienaventuranza espiritual es que el alma contemple a Dios sin velos; de ahí le vienen todo su ser y toda su vida; de ahí es de donde coge todo lo que es, del mismo fondo de Dios, y no sabe nada del saber ni nada del amor, ni absolutamente nada de nada. Se apacigua completamente en el Ser de Dios; todo lo que sabe es que ella está ahí y que sólo conoce a Dios.

[...]

Así, digo yo, el hombre noble coge y extrae todo su ser y toda su vida, toda su bienaventuranza, únicamente de Dios, por Dios y sólo en Dios, pero no en el conocimiento, la contemplación y el amor de Dios, etcétera. Por eso Nuestro Señor dice muy bien que toda la vida eterna consiste únicamente en conocer a Dios como el único y verdadero Dios, y no en conocer que se conoce a Dios. (¹)

(¹) *Del hombre noble*, en Maestro Eckhart, *Obras escogidas*, Edicomunicación, Barcelona 1998.

II

Ante todo es preciso saber que el sabio y la Sabiduría, el hombre veraz y la Verdad, el hombre bueno y la Bondad, el justo y la Justicia se miran a los ojos. La Bondad no ha sido hecha, no ha sido creada, no ha nacido; ella es generadora y engendra al hombre bueno; y el hombre bueno, en la medida en que es bueno, no ha sido hecho, no ha sido creado y, sin embargo, ha nacido a la vez niño e hijo de la bondad. La Bondad se engendra a sí misma, con todo lo que ella es, en el ser bueno. Conocimiento, amor y acción, todo esto lo vierte en el hombre bueno, y el hombre bueno recibe todo su ser del fondo más íntimo de la Bondad, y de ahí solamente: saber, amor y acción. El hombre bueno y la bondad no son más que una sola bondad, con la restricción de que el primero es engendrado y la segunda engendra. Y el engendrar de la bondad y el nacimiento del hombre bueno no son más que un mismo y único ser, una sola y misma vida. Todo lo que le pertenece, el hombre bueno lo recibe de la Bondad y en la Bondad, allí es donde él es, vive y permanece y es ahí donde se conoce a sí mismo. Y todo lo que él conoce y ama, lo ama y lo hace por la Bondad y en la Bondad, y la Bondad lo hace por él y en él en todas sus acciones, como está escrito en las palabras del Hijo: “El Padre que vive y mora en mí hace las obras”. “El Padre actúa hasta este día y yo también actúo”. “Todo lo que pertenece al Padre me pertenece a mí igualmente; todo lo que me pertenece pertenece a mi Padre”, a Él porque da, a mí porque recibo.

[...]

Todo lo que acabo de decir del bueno y de la bondad es válido para el veraz y la Verdad, el justo y la Justicia, el sabio y la Sabiduría, el Hijo de Dios y Dios, Padre de todo lo que ha nacido de Dios y que no tiene padre aquí abajo, no habiéndolo podido engendrar nada creado o no divino, y no pudiendo abarcar otra imagen que la de Dios, nada más que Dios solo y puro.

[...]

Pero el Justo a secas, sin padre creado o hecho, la Justicia en el estado puro, es solamente Dios. Por eso, como a Dios, la miseria y las tribulaciones no pueden recaer sobre el Justo. La Justicia no puede acarrearle ninguna aflicción pues la Justicia no es nada más que alegría, amor y delicias; si la Justicia produjera aflicción al justo, también se la produciría a sí misma. La adversidad y la injusticia no pueden afligir al justo; pues todo lo creado se encuentra muy por debajo de él, no ejerce ninguna impresión ni ninguna influencia sobre el Justo y no puede generarse dentro de él, que tiene al mismo Dios por Padre. De aquí que el hombre deba aplicarse a desembarazarse de sí mismo y de toda criatura, y no reconocer a ningún otro padre que Dios. De esta forma ni Dios, ni la criatura, ni lo creado ni lo no creado podrá sumirlo en el dolor o la aflicción, y todo lo que es su ser, su vida, su conocimiento, su amor y su saber, viene de Dios y está en Dios; es Dios. (2)

III

Yo ya lo he dicho: hay en el alma una potencia que no está unida ni al tiempo ni a la carne, que emana del espíritu, permanece en el espíritu y es absolutamente espiritual. En esta potencia, Dios se encuentra totalmente; florece en ella y reverdece en toda la alegría y todo el honor que Él lleva en sí mismo. Esta alegría es tan profunda, de una grandeza tan inconcebible, que nadie sabría expresarlo plenamente con palabras. Pues el Padre eterno engendra sin cesar en esta potencia a su Hijo eterno, de manera que esta potencia colabora con el engendramiento del Hijo y se engendra a sí misma en tanto que Él engendra a este Hijo en la única potencia del Padre.[...]

(2) *Libro del consuelo divino*, en Maestro Eckhart, *Obras escogidas*, Edicomunicación, Barcelona 1998.

Si el espíritu estuviera siempre unido a Dios en esta potencia, el hombre no podría envejecer. Pues el instante en el que el último hombre desaparecerá y el instante en el que hablo son semejantes en Dios, pues no existe más que un solo instante presente. Ahora bien, este hombre permanece en una sola y misma luz con Dios; es por lo que no hay en él ni sufrimiento ni sucesión sino siempre la misma eternidad.

[...]

Pero yo he dicho al principio de este sermón: “Jesús subió a un pequeño lugar...”. Igualmente os he dicho que Jesús fue recibido; pero aún no he dicho lo que es este pequeño lugar. Voy pues a hablar ahora de él.

He dicho a veces, a propósito de este pequeño puesto, que era una potencia en el espíritu, la única que es libre. He dicho igualmente que era una vigilia del espíritu, y también que era una luz del espíritu; y a veces incluso que era una pequeña chispa. Y ahora os digo que no era nada de todo esto. Y sin embargo es algo superior a esto o aquello, superior al cielo y a la tierra. Por eso lo llamo ahora de una manera más noble de lo que lo he llamado nunca; pero trasciende igualmente esta noble manera de llamarlo y lo sobrepasa con mucho. Es absolutamente libre y desembarazado, así como Dios es en sí mismo libre y desembarazado. Tan totalmente es uno y simple que no se puede introducir en él ninguna mirada. La misma potencia de la que he hablado, esta potencia donde Dios florece y reverdece con toda su divinidad y donde el Espíritu está en Dios; en esta misma Potencia el Padre engendra a su Hijo único tan realmente como en Él mismo; porque Él vive realmente en esta potencia; y el Espíritu engendra con el Padre el mismo Hijo único y a Él mismo como el mismo Hijo y él es el mismo Hijo en esta Luz, y él es la Verdad. Si podéis aprehender esto con *mi corazón, comprenderéis bien lo que digo, pues es cierto y la Verdad misma lo dice.

Anotadlo bien: esta Fortaleza del alma de la que os hablo, es tan una y tan simple, tan por encima de todo, que no es digna de juego,

ni siquiera fuera una sola vez y sólo por un instante, *una sola ojeada a esta fortaleza, como tampoco esta otra potencia de la que he hablado y en la que Dios brilla y arde con toda su riqueza y todas sus delicias, no osaría nunca lanzar ni una mirada sobre ella. Esta fortaleza es tan totalmente una y simple, tan trascendente a todo modo, y esta Unidad es tan única a todas las potencias, que ni potencia ni modo pueden nunca echar allí una mirada, ni siquiera Dios en persona. En verdad y tan cierto como que Dios vive, ni el mismo Dios ha echado nunca una mirada, ni un vistazo, aunque sólo fuera por un instante, en la medida en que Él conserve aún en Él alguna modalidad fenomenal y alguna propiedad en sus Personas. Hay que comprender bien esto, pues esta única Unidad no tiene ni modo ni propiedad. Así, ¡por Dios! para que Dios pueda echar una mirada allí alguna vez, tendrá que despojarse necesariamente de sus nombres divinos y de la propiedad de sus Personas; será necesario que deje todo fuera, si quiere mirar en el interior. Pero es en tanto que Él es unidad pura, sin modo ni propiedad, en tanto que Él no es ni el Padre ni el Hijo ni el Espíritu Santo, y sin embargo un algo que no es ni esto ni aquello; daos bien cuenta, solamente en tanto Él es unidad y simplicidad penetra en este Uno, que yo llamo la fortaleza del alma; y no puede entrar ahí de ninguna otra manera; sólo así penetra en ella y se instala allí. (3)

IV

Es un hombre pobre aquel que no quiere nada, no sabe nada, no tiene nada.

[...]

(3) Sermón nº 1, *Intravit Jesús in quoddam castellum et mulier quaedam excepit illum*, en Maestro Eckhart, *Obras escogidas*, Edicomunicación, Barcelona 1998.

Primero, deciros que es un hombre pobre aquel que no quiere nada. Este sentido está mal comprendido por alguna gente, por los que, sin dejar de hacer penitencia y sin dejar de practicar ejercicios exteriores, conservan simplemente su esencia propia, lo que en general es muy estimado. ¡Qué pena que estas gentes conozcan tan poco de la Verdad divina! Se les llama santos a causa de la actitud que toman ante el mundo; pero en el fondo no son más que asnos pues en modo alguno cogen el sentido propio de la Verdad divina. Dicen que es pobre de espíritu el que no quiere nada; pero entienden por esto que el hombre debe vivir de manera que no haga nunca más su voluntad propia en nada, sino que haga la muy querida voluntad de Dios. La posición de esta gente es buena, pues ellos son bienaventurados y no podemos más que alabarlos; Dios, en su misericordia, les concederá sin duda el Reino de los cielos.

Pero yo digo, por la Verdad divina: en el verdadero sentido de la palabra, estas gentes no son pobres de espíritu y ni siquiera se les parecen. Simplemente pasan por grandes a los ojos de los que no conocen un bien mayor. Pero yo digo que son asnos que no han comprendido nada de la Verdad divina. Sus buenas intenciones les valdrán quizás el Reino de los cielos; pero de la pobreza de la que voy a hablar en el presente, no conocen nada.

Si quieren preguntarme lo que verdaderamente es un “hombre pobre que no quiere nada”, responderé así: Mientras que el hombre esté aún en disposición de realizar la Voluntad de Dios, no posee esta pobreza de la que queremos hablar; pues este hombre tiene aún una voluntad, la de realizar la Voluntad de Dios y eso no es la verdadera pobreza. Pues, para poseer verdaderamente la pobreza, es preciso que el hombre se despoje de su voluntad de criatura como en el momento en que todavía no existía.

Yo os digo, por la Verdad eterna: mientras tengáis el deseo de la eternidad y de Dios, no sois aún completamente pobres de espíritu. Pues sólo es pobre aquél que no quiere nada y no desea nada. Cuando yo estaba aún en mi primera causa, yo no tenía Dios allí y yo era mi propia

causa. No quería nada, no deseaba nada, pues yo era un ser completamente disponible, conociéndome a mí mismo en el goce de la Verdad. Es a mí mismo a quien yo quería y nada más; lo que yo quería, lo era, y lo que era, lo quería; estaba libre de Dios y de todas las cosas. Pero, cuando salí de mi libre voluntad y recibí mi ser creado, tuve un Dios; pues, antes de que hubiera criaturas, Dios no era aún Dios, sino que Él era lo que era. Cuando la criatura fue y recibió su naturaleza de criatura, Dios no era Dios en sí mismo, era Dios en la criatura.

Y nosotros decimos ahora: Dios, en tanto que sólo es Dios, no es el fin supremo de la creación y ni siquiera posee tanta plenitud de ser como la menor criatura la posee en Dios. Y, si pudiera ser que una mosca tuviera una razón y que con esta razón pudiera buscar el Abismo eterno de la Esencia divina de la que ha salido, diríamos: Dios, con todo lo que Él es en tanto que Dios, ni siquiera podría satisfacer a esta mosca ni realizar su deseo. Por esto es por lo que rogamos a Dios ser liberados de Dios, y concebir la Verdad y gozar de ella eternamente allí donde los más elevados ángeles y la mosca y el alma son semejantes, allí donde yo mismo estaba y donde yo quería lo que era y donde yo era lo que quería. Por esto es por lo que decimos: Para que el hombre sea pobre de voluntad, debe querer poco también o ansiar poco, como en el tiempo en que todavía no existía. Así es como este hombre que no desea nada es pobre.

En segundo lugar es pobre el que no sabe nada. A veces hemos dicho que el hombre debería vivir como si no viviera ni para él mismo, ni para la Verdad, ni para Dios. Pero ahora hablamos de otra manera y vamos más lejos. Para llegar a esta pobreza, el hombre debe vivir de tal manera que no sepa siquiera que no vive ni para él, ni para la Verdad, ni para Dios, no importa de qué manera. Más aún, es preciso que esté vacío de todo saber, hasta tal punto que no sepa ni conozca ni sienta que Dios vive en él; es preciso que esté vacío de todo conocimiento que pueda manifestarse aún en él. Pues, cuando el hombre se encontraba aún en la eterna forma de Dios, nada más

vivía en él; lo que vivía era él mismo. Así, decimos que el hombre debe estar vacío de su propio saber, como en el tiempo en que no existía aún, y debe dejar a Dios que opere como guste y por su parte permanecer completamente disponible.

Todo lo que alguna vez ha salido de Dios está destinado a una actividad pura. Pero la actividad designada al hombre es amar y conocer. Ahora bien, se plantea una cuestión religiosa: ¿en qué se basa ante todo la Bienaventuranza? Algunos maestros ha dicho que se basa en el amor; otros, que reposa en el conocimiento y el amor; estos últimos hablan ya mejor. En cuanto a nosotros, decimos que no reposa ni en el conocimiento ni en el amor sino que, en el alma, hay un Fondo secreto de donde manan el conocimiento y el amor; este algo no conoce y no ama; las potencias del alma son las que conocen y aman. Aquél que descubre el Fondo secreto ha comprendido en qué reposa la Bienaventuranza. Este fondo secreto no tiene ni pasado ni futuro, no espera nada que pueda añadirse a él, pues no puede ganar ni perder. Por eso es por lo que no puede tampoco, por poco que sea, conocer que es Dios el que actúa en él; él mismo es el que goza de sí mismo, a la manera de Dios.

En este sentido es en el que digo que el hombre debe liberarse de Dios, a fin de que no sepa ni conozca que Dios actúa en él. Es el único medio del hombre para poseer la pobreza. Los maestros enseñan que Dios es una Esencia, una Esencia razonable y que conoce todas las cosas. Pero yo digo: Dios no es ni esencia ni razonable, y no conoce ni esto ni aquello. Por eso Dios está despojado de todas las cosas y por eso Él mismo es todas las cosas. Aquél que es pobre de espíritu debe estar despojado de todo saber propio, de forma que no sepa absolutamente nada ni de Dios ni de la criatura ni de sí mismo. De *donde la necesidad del hombre de aspirar a no saber nada, a no conocer nada de las operaciones divinas.

En tercer lugar, es pobre el que no tiene nada. Son muy numerosos los que han sostenido que la perfección consiste en no poseer

ya ningún bien material y terrestre; y esto es cierto para los que llegan a ello con plena voluntad. Pero no es en este sentido como yo lo entiendo.

He dicho antes que era pobre aquél que ni siquiera quería cumplir la Voluntad de Dios, sino que vivía de manera que se liberaba de su propia voluntad y de la de Dios, como ocurría en el tiempo en que todavía no existía. De esta pobreza decimos que es la mayor de las pobreza. En segundo lugar hemos dicho que es pobre aquel que ni siquiera sabe nada de la operación divina en él. Cuando un hombre está tan despojado de saber y de conocimiento como Dios lo está de todas las cosas, tenemos la más pura pobreza. Pero la tercera pobreza es la más íntima y la más verdadera; de ésta es de la que voy a hablar ahora. Consiste en que el hombre no tiene nada.

Prestad atención. He dicho a menudo y grandes maestros también lo dicen: Es necesario que el hombre se despoje de todas las cosas y de todas las obras, tanto interiores como exteriores, hasta el punto de poder ser el lugar apropiado para que Dios pueda operar en él. Pero ahora decimos otra cosa. Cuando la situación es tal que el hombre está despojado de todas las cosas, de todas las criaturas, de sí mismo y de Dios y, no obstante, le queda un lugar donde Dios puede actuar, decimos: mientras subsista en el hombre algo parecido, no es pobre aún con la pobreza más profunda. Lo que Dios busca en sus obras no es que el hombre tenga en él un lugar donde Dios pueda actuar; sólo hay pobreza de espíritu cuando el hombre está hasta tal punto despojado de Dios y de todas sus obras que, si Dios quisiera operar en el alma, debería ser él mismo el Lugar de su operación; *lo que Él haría de todo corazón. En efecto, si Dios encontrara al hombre en esta pobreza, debería ejercer sobre sí mismo su operación y Él mismo sería el Lugar de su operación, precisamente porque Él es el que opera en sí mismo. Aquí, en esta pobreza, el hombre vuelve a encontrar al ser eterno que ha sido, que es actualmente y que permanecerá eternamente.

[...]

Decimos, pues, que el hombre debe ser tan pobre que no sea un lugar ni haya en él un lugar donde Dios pueda actuar. Mientras el hombre conserve en él un lugar cualquiera, conserva también alguna distinción. Por eso ruego a Dios para que me libere de Dios; pues mi ser esencial está por encima de Dios, en la medida en que concebimos a Dios como el origen de las criaturas. En efecto, en esta Esencia de Dios, donde Dios está por encima de la Esencia de la Trinidad aún dividida en sí, yo era yo mismo, me quería a mí mismo y me conocía a mí mismo, para hacer el hombre que soy aquí abajo. Por eso soy mi propia causa, según mi esencia que es eterna, pero no según mi devenir que es temporal. Por eso soy no-nacido y, según el modo de mi nacimiento eterno, no puedo morir nunca. Según mi modo de nacimiento eterno, yo he sido eternamente, soy ahora y continuaré eternamente. Lo que soy como criatura temporal morirá y se aniquilará, pues está adjudicado al tiempo y debe morir con el tiempo. Pero, en mi eterno nacimiento, nacieron todas las cosas; yo fui la causa de mí mismo y de todas las cosas. Si entonces yo lo hubiera querido, el mundo entero y yo no existiríamos; y si yo no existiera, tampoco Dios existiría; yo soy una causa de que Dios sea Dios. Si yo no existiera, Dios tampoco existiría.

Un gran maestro dice que su perforación es mayor que su emanación. Es cierto. Cuando yo salí de Dios, todas las cosas dijeron: Dios es. Y esto no puede hacerme dichoso, pues yo me conozco más que como criatura. Pero en la abertura yo me despojo de mi propia voluntad, libre incluso de la Voluntad de Dios y de todas sus operaciones, incluso de Dios mismo; allí estoy por encima de todas las criaturas, ni Dios ni criatura; sino que yo soy lo que era, lo que seguiré siendo ahora y siempre. Entonces penetra en mí algo que debe elevarme por encima de todos los ángeles. En esta irrupción recibo una riqueza tan grande que Dios no puede serme suficiente con todo lo que Él es como Dios, ni con todas sus operaciones divinas; pues en esta irrupción yo recibo esto: que Dios y yo somos uno. Allí yo soy lo que era, no crezco ni decrezco, pues yo soy una causa inmóvil, que hace mover a todas las cosas. Entonces, Dios no encuentra ya lugar

en el hombre, pues él, por esta pobreza, conquista lo que ha sido toda la eternidad y permanecerá siendo siempre. Entonces, Dios es uno con el espíritu. Y esto es la pobreza más profunda que se puede encontrar.

Que aquél que no comprenda este discurso no se preocupe demasiado. En realidad, mientras que el hombre no sea semejante a esta Verdad, no comprenderá este discurso. Pues es una verdad completamente desnuda que ha salido directamente del corazón de Dios. (4)

V

«Pablo se levantó del suelo y, con los ojos abiertos, nada veía». No puedo ver lo que es uno. Él nada veía, y eso era Dios. Dios es una nada y Dios es alguna cosa. Lo que es alguna cosa, también eso es nada. Lo que Dios es, lo es totalmente. De ahí que el clarividente Dionisio, siempre que escribe de Dios, dice: él está por encima del ser, por encima de la vida, por encima de la luz; no le atribuye ni esto ni lo otro y [con ello] quiere decir que él es [un] no sé qué, que está más allá de todo. Si alguien ve alguna cosa, o si alguien penetra en tu conocimiento, eso no es Dios, justamente, porque no es ni esto ni lo otro. A quien diga que Dios está aquí o allí, no le creáis. La luz, que es Dios, brilla en las tinieblas [Jn, 5]. Dios es una luz verdadera; quien quiera verla debe ser ciego y debe mantener a Dios lejos de todas las cosas. Un maestro dice: quien habla de Dios con un ejemplo cualquiera habla en un sentido impuro de él. Pero quien con nada habla de Dios lo hace correctamente. Cuando el alma llega a lo uno y allí entra en un rechazo puro de sí misma, encuentra a Dios como en una nada. A un hombre le pareció [una vez] en un sueño –era un sueño

(4) Sermón nº 14, *Beati pauperes spiritu, quia ipsorum est regnum coelorum*, en: Maestro Eckhart, *Obras escogidas*, Edicomunicación, Barcelona 1998.

de vigilia– que estaba preñado de la nada, como una mujer [lo está] de un niño, y en esta nada había nacido Dios; él era el fruto de la nada. Dios había nacido en la nada. Por eso [él] dice: «se levantó del suelo y, con los ojos abiertos, nada veía». Veía a Dios en quien todas las criaturas son nada. Veía a todas las criaturas como una nada, pues él [Dios] tiene en sí el ser de todas las criaturas. Es un ser que tiene en sí todos los seres.

Otra cosa opina cuando dice: «nada veía». Nuestros maestros dicen: cuando alguien conoce alguna cosa de los objetos exteriores, algo interviene en él, por lo menos una impresión. Cuando quiero obtener la imagen de una cosa, por ejemplo de una piedra, entonces atraigo de ella en mi interior lo más tosco; lo extraigo [de ella] hacia fuera. Pero, cuando sucede en el fondo de mi alma, allí [la imagen] se halla en lo más alto y noble; no es [nada] sino una imagen [espiritual]. En las cosas que mi alma conoce del exterior, algo extraño penetra [en ella]; por lo que conozco de las criaturas en Dios, allí no entra nada [en el alma] sino sólo Dios, pues en Dios no hay nada sino Dios. Si conozco a todas las criaturas en Dios, [las] conozco [en tanto que] nada. Él [Pablo] vio a Dios, en quien todas las criaturas son nada. (5)

VI

He leído muchos escritos, tanto de los maestros paganos como de los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y he buscado con seriedad y fervor cuál es la más alta y mejor virtud por la cual el hombre puede unirse mejor y más rápido con Dios, y con la que el hombre llegue a ser por la gracia lo que Dios es por naturaleza, y gracias

(5) Sermón “*El fruto de la nada*”, *Surrexit autem Saulus de terra apertisque oculis nihil videbat*, en: Maestro Eckhart, *El fruto de la nada. Y otros escritos*. Edición y traducción de Amador Vega Esquerria, Ediciones Siruela, Madrid 1999.

a la cual el hombre se asemeje a la imagen que él era en Dios, en la que no había diferencia alguna entre él y Dios, antes de que Dios creara las criaturas. Y cuando penetro en los escritos, tanto como el entendimiento me permite y es capaz, no encuentro sino que el puro ser separado todo lo supera, pues todas las virtudes tienen alguna mirada en las criaturas, mientras que el ser separado está vacío de todas las criaturas. Por eso dijo Nuestro Señor a Marta: *Unum est necessarium* [Lc 10, 42], que significa: Marta, quien quiere ser libre de congoja y puro debe tener una sola cosa: el ser separado.

[...]

Ahora querrás preguntarme: ¿qué es el ser separado, puesto que es tan noble en sí mismo? Al respecto debes saber que el recto ser separado no es otra cosa sino que el espíritu permanezca inmóvil ante todo asalto del cuerpo y del dolor, de honor, vergüenzas y oprobios, tanto como lo hace una montaña de plomo ante un viento débil. Este ser separado inmóvil conduce al hombre a la mayor igualdad con Dios. Pues, que Dios sea Dios le viene de ser separado inmóvil, y del ser separado le viene su pureza, su simplicidad y su inmutabilidad. Por eso el hombre debe igualarse a Dios –en la medida en que una criatura puede ser igual a Dios– y esto debe suceder gracias al ser separado.

[...]

Mas ahora pregunto de nuevo: ¿cuál es la oración del corazón separado? A lo que contesto como sigue y digo: la pureza separada no puede rezar, pues quien reza pide algo de Dios para que se le conceda, o solicita que le libere de algo. Pero el corazón separado no pide absolutamente nada, y tampoco tiene absolutamente nada de lo que quiera ser vaciado. Por eso permanece vacío de todos los rezos, y su oración no es otra cosa que ser uniforme con Dios. En esto se basa toda su oración. ⁽⁶⁾

(6) *Del ser separado*, en: Maestro Eckhart, *El fruto de la nada. Y otros escritos*. Edición y traducción de Amador Vega Esquerro, Ediciones Siruela, Madrid 1999.